

Discurso del señor Cierva

El sacrificio de callar

(Al levantarse a hablar es saludado con una prolongada salva de aplausos.)

Mil gracias, amigos, por este acto que habeis resuelto celebrar y por esas manifestaciones de cariño, que no son otra cosa más que continuación de tantas otras que ya me habeis dado en todas ocasiones, porque los más que estais aquí me habeis acompañado durante largos años de mi labor política, muchos sois también amigos de la infancia, entre todos completais el conocimiento de mi vida modesta, tenéis conocimiento de mi juicio, y porque me conocéis acepto como muy sincero el aplauso vuestro, la adhesión vuestra, sobre todo en estas circunstancias en que me encuentro. Según ha dicho mi querido amigo Aparicio, yo soy un hombre que aunque modesto, he tenido y tengo que luchar mucho, y porque luchó, claro es que alternan los tiempos que parecen felices con aquellos otros de tristeza, y puedo decir, aprovecho esta ocasión, como procuro aprovechar muchas, para decir que soy de los hombres políticos que menos pueden lamentarse de ingratiitudes. Vuelvo los ojos alrededor aquí, en mi país, en mi tierra natal, y veo casi siempre a los hombres que desde la niñez conozco. Esto consuela mucho, porque demuestra que la espiritualidad se mantiene siempre entre los hombres y es el vínculo más firme que les une. A mí me satisface porque me parece que demuestra que yo soy el mismo siempre, que he seguido una línea de conducta en mi vida, que algunas veces, en algunos momentos solamente, se me ha dicho que es demasiado rectilínea. ¿Qué sé yo si es bueno ó es malo? Lo que yo sé es que sigo el camino de mi conciencia, el camino que me trae el deber. Esa es la ley que siempre he tenido, y quiero morir sin tener otra. (Muy bien.)

Perdonad esta expansión íntima, señores, porque íntimo es este acto, aunque no pueda ocultársenos que saldrán de aquí los ecos de estos instantes preciosos para mí, pero al mismo tiempo de responsabilidad, y por eso, aparte las expresiones cariñosas, tengo que medir mis palabras, tengo que pensar bien lo que digo, porque, aunque mi personalidad es modesta, no puedo ocultar—sería inmodestia vana—que en las circunstancias actuales, en los momentos en que nos encontramos, algo significa que yo hable, por lo mismo que sabeis bien que hace más de un mes, próximamente dos meses hace, que salí de Madrid sin hablar, y he permanecido bastante tiempo alejado de vosotros para callar, pensando que éste era uno de los sacrificios que yo debía hacer por mi Patria y por la tranquilidad pública. (Muy bien.)

Mas en vano, señores, pretendieramos que desapareciera el recuerdo de los sucesos, por mucha que sea la abnegación de los hombres que procuran ante todo no guiarse por sus pasiones; cuando se trata del bien público, son los sucesos y las realidades a veces tan grandes, tan importantes, influyen de tal manera en la vida nacional, que ellas brotan, y cuando se les quiere alejar se presentan, y cuando se les quiere olvidar dan alabonazos a la conciencia, y al fin y al cabo, la realidad muestra que no se puede pasar sobre ella impunemente cuando se ha debido mirar con serenidad y con patriotismo y se ha preferido la ficción y la mentira. (Muy bien.)

Primicias de una explicación

He de hablar porque estoy entre vosotros y os debo mucho, y una de las primeras cosas que quiero daros son las primicias de estas palabras mías, que algo explicarán de sucesos próximos que aun no han sido explicados, que no sé si querrán explicar, pero que ellos actúan y actuarán, como ya he dicho, sobre todos nosotros, y acaso en el Parlamento alguna vez, si es que el Parlamento ha de servir para iluminar las cosas de la vida nacional, habrán de tratarse; y puesto que ello ha de ser

así y de todas suertes, aunque yo no provoqué esas discusiones, por patriotismo, llegará un día, seguramente llegará un día, si yo vivo, en el cual todo se ha de esclarecer, que va en ello un poco mi honor (Muy bien.), diré algo más como prelude de aquellas otras cosas que me vea obligado a decir pronto o tarde.

Yo he explicado mas de una vez lo que aconteció a partir de 1909 en mis relaciones con las fuerzas políticas. Hoyeaba yo estos días aquel discurso, aquellas palabras que yo pronuncié en el banquete de Murcia, al cual asististeis muchos de los que estais aquí. Cuando lo he leído ahora, he visto que no hemos fatado en nada de lo que allí dijimos. Las explicaciones que dábamos de nuestros propósitos, de nuestra situación, tienen tal actualidad, que ahora podía yo leer esas palabras y quedaría excusado de repetir las; es decir, de dar explicación de esa misma actitud y de esos propósitos.

Los conservadores, desunidos

Yo había luchado cuando (bien queda de decirse ahora, que todos los días debéis estar convencidos) en 1909 y en relación la marcha de la nación española, cambió el rumbo de sus destinos; había yo luchado, digo, a partir de aquel instante, sobre todo en el Parlamento, donde bien recordaráis cuántas batallas nube de reñir, no para otra cosa sino para que brillara la luz, no para otra cosa sino para que se viera la verdad, de tal modo se había ocultado y tergiversado y la leyenda había caído sobre los hombros y apreciada cada cual con una figura y con una historia que no eran las suyas. Pasaron aquellos tiempos y vino aquel otro momento doloroso de la desunión de las fuerzas conservadoras. Dije yo en ese discurso cuál era mi triste situación: mi situación era la de aquel hombre que habiendo venido a la vida pública con el partido conservador, que habiendo sido siempre conservador desde los veintidós años de edad, sin pertenecer a ninguna disidencia, por el convencimiento que he tenido y tengo de que no hay nada peor que la desunión de aquellas fuerzas que, unidas, pueden servir para realizar el bien de nuestra Patria, para defender el Trono de España, para ser dique contra impulsiones y avances que entendemos nosotros, respetando todas las ideas, que no son convenientes para nuestro país, sobre todo cuando se realizan bruscamente; habiendo yo venido a la vida pública tan joven con el partido conservador, al verte desunido y maltrecho, teniendo de un lado al gran patriota, al venerado siempre, amigo mío, señor Maura, con quien había luchado en el Gabinete de 1907 a 1909, con quien había yo podido realizar, ¡qué digo realizar!, a quien había ayudado modestamente, pero lealmente siempre, para realizar aquella labor que recordaba ahora el señor Aparicio, y de otra parte a la mayoría de los que nos habían acompañado en aquella labor, que siguieron al señor Dato al constituir éste su Gobierno de 1913, dije yo que no me consideraba en el caso de ir contra unos ni contra el otro, y que yo, aun no teniendo personalidad bastante, quería hacer lo que pudiera en mi conducta para aproximar el momento en que aquellos hombres y aquellos elementos volvieran a estar juntos, volvieran a trabajar juntos por la Patria y por el Rey. Y así estuve, y he de decir un día en el Congreso: Para la paz con todos; para la guerra, con nadie. (Muy bien.) Y a estas palabras me atuve, y en los tiempos que también ha recordado el señor Aparicio durante la oposición, ya habeis visto cómo he sufrido porque no he podido yo lograr, no pude lograr entonces la aproximación que anhelábamos todos los que pensaban como yo, y me mantuve en aquel equilibrio, a veces doloroso, a veces inverosímil, cuidando de practicar siempre aquellos propósitos. Y después de episodios y cosas que están en la memoria de todos y con los cuales yo no puedo entreteneros, lle-

gamos, señores, al mes de Octubre último.

Explicando la crisis

Fueron aquellos días de una trascendencia nacional incalculable. Había formado el señor Dato el Gobierno en el mes de Junio, y durante el verano habían ocurrido sucesos extraordinarios, sucesos que agravaban los que ya, a partir del 1 de Junio, por un movimiento, para que ocultarlo, militar se había producido en España. En el mes de Octubre se planteó una crisis hondísima en la política. Apenas llevabamos algunos meses el partido conservador en el Poder, vino a tierra, y en aquella crisis se demostró la dificultad inmensa de formar un Gobierno homogéneo, de partido. Tuve yo, señores uno de los días de mayor satisfacción, pero ¡cuán fugaz!; aquel en el cual el señor Maura fue a verme y me dijo que, encargado por S. M. de formar el Gobierno, quería que yo fuese al Ministerio de la Guerra. Ya había sonado mi nombre para ese Ministerio. El señor Sánchez de Toca parece que tuvo la misma intención en un momento del señor Maura, recibió igual encargo; y yo no sabía por qué mi nombre estaba para ese Ministerio. Al señor Maura dije que con él, sin condiciones. Era aquel uno de los días, ya lo habeis oído, de mayor satisfacción de mi vida.

Después de 1909 y de todos aquellos episodios que a grandes rasgos he evocado, iba yo otra vez a servir a las órdenes del gran patriota, el hombre que tanto había sufrido, sobre todo, de injusticias. Yo me consideraba unido a él, indisolublemente unido a él, por que no solo nos habíamos fundido en la común labor de 1907 a 1909, sino que todavía, si cabe, nos habíamos fundido más, porque, juntos, a los dos nos execraban y nos perseguían y nos apartaban del Poder. (Muy bien.)

De modo que cuando llegaba aquel momento y veía yo la rehabilitación absoluta y total del señor Maura, y que iba a estar otra vez a su lado, repito, aquellas amarguras pasadas se borraron y fueron substituidas por una satisfacción íntima inefable. Fugaz fue, ya lo he dicho; no pudo constituirse aquel Gobierno. Eran las convulsiones muy grandes, eran las corrientes perturbadoras irresistibles. Pocas horas después fui yo invitado de nuevo para formar parte de otro Gobierno, también para ocupar la cartera de Guerra. Me negué. De acuerdo con el señor Maura, a quien lo manifesté, escribí una carta al señor marqués de Alhucemas diciéndole que no podía aceptar su invitación. Notorio es, y por eso lo digo, que fui llamado por Su Majestad, que Su Majestad me requirió para que aceptase la cartera de Guerra, y yo di una nota, que está en la Prensa, diciendo que porque Su Majestad me lo ordenaba aceptaba el Ministerio de la Guerra.

En el Ministerio

¡Cuán previsor fui, señores! Quizá sin aquella previsión mía no tendría yo armas de lógica y de convencimiento bastante para combatir a los que vienen hablando de por qué fui yo al Ministerio de la Guerra y por qué he salido de él. (Muy bien.) Fui a él—lo he dicho también muchas veces—con el temor inmenso, profundo, justificado, de no poder yo dominar la situación delicada que había que dominar, que había que resolver en el Ministerio de la Guerra entonces. Hombre político, con actividades enteramente ajenas al ramo de la milicia, sin haber yo tratado siquiera en el Parlamento esas cuestiones, o a lo sumo como tantas y tantas cuestiones de orden general, en sus relaciones económicas, pero sin entrar nunca en la técnica, en la entraña de la institución, así, perturbado como estaba entonces el espíritu militar, temerosas las gentes y habían los producido todos aquellos hondos trastornos en la vida pública, como consecuencia de aquel movimiento y de otras causas, pero evidentemente de aquel movimiento, era para mí responsabilidad que

me parecía superior a la que yo podía afrontar, no por el riesgo de fracasar, sino por el temor de no responder a todas aquellas confianzas, a todas aquellas esperanzas que, sin duda, en mí se habían puesto cuando tantos me llamaban a desempeñar esa cartera.

Ya véis, señores, que estoy hablando intimamente con vosotros, aunque estas palabras salgan de aquí. Bien veis por lo que digo que es de mi corazón de donde salen estas frases.

Yo trabajé en el ministerio de la Guerra; yo hice lo que pude; puse allí mi buena voluntad. Lealmente mi esfuerzo fue encaminado: primero a estudiar cuál era el verdadero problema militar que se había planteado en relación con toda la vida de España, sus causas, para buscar luego su remedio.

¡Ah, señores! Yo hallé pronto cuál era la causa, vi el daño, creí ver el remedio; no lo creí ver: lo ví. Estaba yo en la familia militar, en el seno de la familia militar, y ella fué, lo digo ahora repitiéndolo, porque muchas veces lo he dicho y lo dire, ella fué con su nobleza, con su lealtad, con una manera de cooperar a mi labor tan noble, tan generosa, tan espontánea, sin reserva de ninguna clase, ella fué, digo, la que me amparó, la que me mostró sus males y la que me indicó su remedio. (Muy bien.) Por eso se facilitó mi gestión, y no hice otra cosa más que llevar allí un espíritu de justicia; no hice más que advertir que en la familia militar hay siempre una fibra nobilísima, y que todo el cuidado del hombre de Gobierno estriba en hacerla vibrar, y vibró; y el espíritu patriótico, el espíritu nobilísimo de los institutos armados me trazó a mí el camino. ¡Y qué camino! Alguna vez hablaremos de todo, que lo estoy ansiando, porque ya no se trata de mí. ¡Qué camino, señores! El camino del sacrificio, el camino de la austeridad, el camino de la abnegación para ellos. (Muy bien.) Apenas eso brilló, apenas por ese camino fuimos nosotros, no hubo problema, señores; y los que digan que esos institutos armados perturbaron la vida ministerial, influyeron en la política, quisieron imponerse, yo digo que faltan a la verdad. (Muy bien. Aplausos.)

Labor interrumpida

Rápidamente llegábamos a una normalidad absoluta. Creo que puedo invocar el propio testimonio vuestro; ¡qué digo el testimonio vuestro!, el de todos los españoles, cuando afirmo que los temores de algunos meses atrás habían ido desapareciendo, que todo el mundo veía ya como se aleaban los peligros que pudieron comprometer la tranquilidad pública.

En fiestas memorables, se veía aquel alto espíritu monárquico, y como se fundían generales, jefes y oficiales en un sentimiento común. Y en ese caminar hacia la normalidad absoluta, hacia la eficiencia del poder militar, anhelando ya todos entrar resueltamente por aquel camino de desarrollo, de desenvolvimiento de la vida militar, de la verdadera vida militar, dándole al Ejército los medios y los elementos necesarios de que carecía, para no exponerle una vez más a aquellas tristezas de otros tiempos, en los cuales no bastó el valor de los pechos de los nobles militares españoles; que la política, que la nación, que todos nosotros no habíamos sabido darle a aquel Ejército los medios indispensables para vencer, para defendernos, cuando íbamos en esa dirección y estudiábamos serenamente la organización del Ejército, las reformas que era preciso introducir y lográbamos por ya que se aceptaran, señores... porque nos aproximamos al momento en el cual todo eso se interrumpió y la política convencional que estaba sancionándose (Muy bien.) y llevó otra vez el mal allí donde se había logrado la salud, tengo que medir más que antes mis palabras. Entonces oísteis muchas veces decir a algún personaje ilustre: «Ya dije yo que era fácil llevar al Ministerio

†
PRIMER ANIVERSARIO
del señor
D. PATRICIO SEIQUER ALMELA
que falleció el día 24 de Mayo de 1917
R. I. P.

En sufragio de su alma y de la de su hijo C. RLOS q. e. p. d.) se dirán misas cada media hora desde las ocho hasta las doce, mañana 24, en el Altar de la Virgen de las Angustias de la parroquia de San Bartolomé-Santa María.

Su sentida viuda y madre respectivamente doña Carolina Baquero, hija, hijos políticos, nietos y demás familia, ruegan a sus amigos y personas piadosas una oración por las almas de los finados y la asistencia a algunos de estos cultos, por lo que quedarán muy agradecidos.

Murcia 23 de Mayo de 1918

Hay concedida indulgencia en la forma acostumbrada.
(9)

de la Guerra al señor Cierva, pero que sería muy difícil sacarle del Ministerio de la Guerra.» (Muy bien. Aplausos.)

Comenzaba la política a hacer plataforma también de las cuestiones militares; no habían escarmetado los que un día y otros días por reformas militares, derribaban gobiernos, escalaban el poder y luego olvidaban las reformas y no hacían nada. (Muy bien. Aplausos.)

Y eran los que mezclaban la vida pública española con la vida exterior de España, y los que a veces decían que no podía desenvolverse España sin unirse a uno de los grupos beligerantes para luchar, si fuera necesario, y quien hablaba así hacia la política menuda con el Ejército. (Aplausos.)

Así empezó, señores, así empezó. No podían estos políticos ver con tranquilidad que la institución armada iba a ser lo que debía ser en un pueblo de la importancia de España. No les importaba entorpecer el camino que llevábamos para aumentar el poderio militar de nuestra nación, y una vez más se atravesaban en ese camino. ¡Triste destino secular de nuestra España! (Muy bien.) Y ya no se trataba de otra cosa más, señores, sino de que el señor Cierva no siguiera en el ministerio de la Guerra. Un día, aquel Gobierno se encontró otra vez con un problema pavoroso; el problema pavoroso de la actitud de grandes e importantes cuerpos de funcionarios del Estado, que antes de las elecciones, durante ellas e inmediatamente después habían planteado varias veces cuestiones que habían preocupado hondamente al Gobierno; cosas de las cuales ahora hablaré poco, y todos comprenderéis por que, que soy hombre de gobierno, y lo que diga podría resultar inoportuno, podría ser un error en juicio que sobre los hechos emitiré; pero está dicho de buena fe y pensando en que no se debe debilitar ni enervar a un Gobierno cuando se halla enfrente de graves problemas nacionales que ha de resolver, sino que es necesario ayudarle, y ayudarle algo es volver los ojos a la realidad que invoqué al principio, es hacer que la opinión pública se fije de veras en lo que hay en el fondo de las cosas y aparte las bambalinas, los telones que en la mayor parte de los casos lo ocultan.

El Gobierno y las Juntas

Se encontró aquel Gobierno con esos problemas, y unánimemente entendido que no se podía gobernar de aquella manera; que era incompatible con la vida del Gobierno, que era una responsabilidad para nosotros consentir que un día más siguieran las cosas como estaban, y unánimemente, digo, se acordaron determinadas medidas, que yo, por mi puesto, era el único que podía realizar, porque era el único que disponía de elementos que con una abnegación y un sacrificio que nunca se podrán pagar (Aplausos.) hubieron de substituir a aquellos empleados que abandonaban las sagradas funciones que tienen de alta confianza del Estado y de los particulares, que son dueños de los secretos públicos y de los secretos privados, que toda esa importancia tienen; y fui yo el que, de acuerdo con mis compañeros, he de hacer la labor.

Y cuando estábamos en ella con muy escasa asistencia de los elementos sociales, ¡qué digo asistencia!, con una agresión constante de grandes elementos de índole socialmente conservadora, que debían comprender cuánta era la abnegación de aquel Gobierno que daba el pecho a la revuelta, que trabajaba por la paz pública, por la garantía de los derechos y de los intereses de todos a pesar de eso; con agresiones constantes, con excitaciones a la revuelta, hechas por algunos de buena fe, yo no lo dudo, pero con estrago evidente de la paz social de la acción del Gobierno, trabajando en esas condiciones, no hubo quien recordara que en otros pueblos han existido esos mismos conflictos y la asistencia social ha sido resuelta y hombres eminentes de la aristocracia, de la banca, del comercio y particulares, subsistían a aquellos funcionarios.

Eso se ha hecho en pueblos regidos por diversas instituciones, monárquicas unas, democráticas otras, comprendiendo en todas partes que las sociedades han de defenderse de ciertas ex geraciones y de ciertas pasiones, que podrán ser disculpables y hasta inexplicables, pero que causan un daño a veces de difícil remedio. Sin esa asistencia, aquel Gobierno iba venciendo las dificultades, después de agotar todas las exhortaciones—recordad algún episodio personal mío—para que depusieran la actitud; iba venciendo aquellos obstáculos; no quería otra cosa sino que se disolvieran las juntas, que no eran más que pequeños gobiernos que se levantaban frente al Gobierno legítimo, que acordaban no cumplir las órdenes de los jefes inmediatos, y cuando estábamos en esa función, en esa delicada función, esa labor fue interrumpida, señores, fue interrumpida. (Muy bien.)

Si alguna vez en el Parlamento se había y delante están los que intervinieron en esa interrupción, con mayor claridad podrá hablar. Por respeto que yo siento y quiero guardar, por amistades que no quiero que se borren, de esto no digo una palabra más. Entonces se produjo la crisis.

Salió aquel Gobierno, y otra vez fué encargado el señor Maura de formarle, y el señor Maura vino al Ministerio de la Guerra a decirme que quería contar conmigo para desempeñar cualquier de las carteras menos la de Guerra. ¡Menos la de Guerra! Yo dije: «Si no puedo desempeñar la cartera de Guerra en un Gobierno que preside el señor Maura, será porque yo no he hecho en ese departamento la política que he debido hacer; no puedo irme al departamento vecino, para ver cómo se reutiliza la política que yo he hecho allí.»

La noche trágica

Fracasó aquel primer intento de constituir un Gobierno al señor Maura, y en la noche trágica (dícese) en la noche del 21 de Marzo se constituyó el Gobierno nacional (Radicales). El día pasado ese no fue, y hemos de mantener así. Todas las virtudes del reino se reunen en (Risas.), según parece, para salvar a España, y al consueñe, ya recordáis, señores, la alegría, a diario la veis en los papeles públicos, la



LA SEÑORA

DOÑA CLEMENTINA DE PARADA Y DIAZ

VIUDA DE TORRES

Ha fallecido en el día de ayer, a las tres de la tarde

HABIENDO RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS Y LA BENDICION APOSTOLICA

R. I. P.

Sus afligidos hijos doña Felisa, don Gerónimo y don José Torres, hijo político don Cristóbal Leopoldo Clemares; nieto; madre política, doña Ramona García Otazo; hermanos; hermanos políticos; sobrinos y demás parientes;

Invitan al funeral y entierro que tendrán lugar hoy, el primero a las nueve y el segundo a las diez, en la iglesia parroquial de San Bartolomé-Santa Maria, por lo que les quedarán agradecidos

Murcia 23 de Mayo de 1918

Casa mortuoria: Plaza de Belluga, número 7.

No se invita particularmente.

Hay concedidas indulgencias en la forma acostumbrada.

(2)

Alegria mezclada con el llanto; el llanto que se enjuga con la alegría. El llanto era, según parece, porque estaban amenazadas todas las libertades, todo estaba en peligro: lloraban los unos, lloraban los otros, no había más que llanto por las libertades públicas; a juzgar por el relato que desde entonces se viene haciendo, creo que hasta la Ciudad lloró aquella noche; y la alegría fué inmensa cuando se salvó España y se salvaron las libertades públicas constituyéndose aquel Gobierno. Del Gobierno nacional yo no he formado parte. Claro es, señores, que yo no tengo la categoría de los honores o títulos que constituyen ese Gobierno; pero habiendo buscado representaciones de grupos parlamentarios, una realidad contraria a mi propio deseo tal vez, ya lo ha dicho el señor Aparicio, una realidad es que nosotros constituimos un grupo parlamentario, transitorio será, pero un grupo, y a todos los grupos se acudió para tomarles la cabeza ilustre, y yo saí para Murcia en silencio, para dejar que gobernaran aquellos hombres eminentes. ¿Amargura por eso? No. Probablemente sabían que yo entonces no habría sido más que ministro de la Guerra; de otro modo, ni de ese ni de Gobierno alguno habría yo formado parte por las razones que expliqué, no por otras.

Ya veis, pues, cómo con unos y con otros actos lo que se cumplía y calizaba era aquella operación difícil, que el político ilustre a que aludía mencionaba con frecuencia, de carne del Ministerio de la Guerra, me sacaron. Yo no tengo sobre eso más que una satisfacción, que no a cambio por ninguna otra: que aquellos que íntimamente conmigo trabajaron, que estuvieron conmigo constantemente, que vieron mi modesta labor en el Ministerio de la Guerra, que pudieron advertir si había algo de ambición personal, de propósito político personal en la dirección que yo imprimí a la política militar desde el Ministerio de la Guerra; aquéllos, con la nobleza con que recibieron y constantemente me asistieron, me despidieron cariñosamente; eso me basta. (Muy bien; aplausos.)

Las elecciones

Se consumó la operación, y yo preferí entonces callar. He vuelto aquí porque tengo grandes deberes morales que cumplir; tengo deberes con vosotros, que os habéis conegado a mi alrededor y que me habéis acompañado en la fortuna y en la desgracia, que, además, muchos de vosotros habéis participado de la

desgracia en términos desmedidos. Era yo ministro de la Guerra. No se puede negar que a mi alrededor aquel Gobierno, me conocí en reconocimiento, fue una parte de una parte de su programa, que consistía en presidir las elecciones de diputados a Cortes, y de senadores con imparcialidad, hasta el punto que se ocupa en nuestro país y en todos los países cuando de él irradian alguna fuerza política y la persona que lo ocupó despertó algunas ilusiones y esperanzas para atraer el voto de los electores a favor de determinados candidatos. Cualquiera que os cuente a los que habéis triunfado y a los que no habéis triunfado, podrá ver que si es grande el grupo que se formó por el valor de sus componentes, no lo es comparado con el número que tienen otros hombres políticos, evidentemente de mayor prestigio en el país, aunque haya algunas gentes que dudán que lo tengan. (Risas.) Todos sabéis que ocupado yo entonces en aquella labor que era obligado hacer en el Ministerio de la Guerra con el anhelo, con el ansia de servir los altos intereses que estaban en mi mano, yo no pude atender a los vuestros. Otros estaban, sí, más libres de preocupaciones cuando pudieron hacer mucho más en campaña, en propagandas, en preparativos.

Y vino la crisis, y cuánta desgracia la nuestra, señores! Coincidió con nulidades de actos, y otras nulidades después, y actos sobre los cuales quiero pasar, de verdadero... prejuicio, voy buscando la palabra más suave, y no os puede ayudar. Lo he sentido mucho, señores, que yo soy un hombre político que tengo pasión política; quizá no tengo la ambición que creen que tengo, pero pasión política sí, y sé lo que representan esas luchas y sé apreciar lo que vale vuestra abnegación y vuestra cooperación, y hubiera querido ayudaros y no he podido ayudaros. Además, habría querido aportar para la labor que entendía que era necesario hacer en estas Cortes, como habrá que hacer en el futuro; habría yo, como hombre político, como hombre civil, querido aportar falange mucho más numerosa y que pesara más todavía en los destinos de mi Patria para trabajar en pro de los grandes ideales, que cada día están más arraigados en mi espíritu.

Tenía además, y por eso vine, tenía que cumplir otros deberes, que para mí durarán lo que dure mi existencia; que yo no puedo corresponder aquí la abnegación austeridad de los elementos armados mientras he gozado el altísimo honor de

estar a su frente, sin defender esos grandes intereses, que son los intereses de la Patria y son los intereses del Rey; que no son intereses personales, y estoy dispuesto por mi parte, mientras aliente, a defenderlos, por lo mismo que advierto la peligrosa tendencia, para muchos favorable; pero esos muchos son los adversarios encarnizados de lo que nosotros representamos, la tendencia a separar al Ejército del pueblo, manejando lo que es de la supremacía del Poder civil, como si alguien la hubiera puesto en duda o la hubiera amenazado, volviendo otra vez a las insidiosas campañas para ir minando la fuerza y la simpatía de los elementos armados, que, como decía yo en el Palacio en aquel discurso con motivo de la Fiesta de la Bandera, que así se llama, el Ejército, ajeado de las luchas políticas, neutral en absoluto, sin mezclarse para nada en ellas, ha de ser siempre el sosten de la Patria fuera y de las instituciones dentro. (Aplausos.)

Y he venido aquí, y estoy dispuesto a trabajar, señores. Paso por alto las armas que contra mí se han esgrimido; hablo de las más formidables, porque interesaban a la opinión pública. De lo demás... señores, ¡si yo vengo de un manicomio! (Risas.) Si contra mí no ha faltado nada, absolutamente nada! Lo digo para que se vea bien qué es lo que tiene que sufrir el hombre que trabaja lealmente por su Patria; no lo digo por otra cosa. Si yo fuera un espíritu al uso, más al uso de lo que soy, aunque vulgar desde luego, pero, en fin, si yo fuera un político sagaz, travieso, astuto, irrompible, es decir, de esos que caen y, como los jugueteos que no se rompan, vuelven otra vez a la actividad, no se dirían esas cosas de mí. Hijos bien, señores, en que de esos políticos no se dicen tales cosas; verdad es que se dicen otras que yo creo que de mí no se dirán. (Grandes aplausos.)

Significación conservadora

Estamos aquí y tenemos que cumplir nuestro deber con la Patria y con el Rey, y somos conservadores, y toda nuestra conducta, a las ideas y a los procedimientos conservadores se han de ajustar. Nos hallamos todavía en momentos de gran convulsión política; están confundidos en el Gobierno los partidos y es el Parlamento cosa desconocida para los que le conocemos de antiguo. Ya no se sabe dónde está la mayoría ni dónde empieza ni dónde acaba; el Gobierno tiene un programa que nos anunció; pero le vez en cuando hay un surtidor de cosas que no aparecían en el programa,

que nos alarman a unos, que otros aplauden, y toda esta confusión, toda esta anomalía, todas estas dificultades políticas, puramente políticas, hacen más ardua y difícil nuestra misión. Están en el Gobierno hombres ilustres del partido conservador; aquella unión que yo anhelaba, el día 21 de Marzo, prácticamente, vino a realizarse, y yo la buscabá, yo anhelaba que tuviera realidad, y no la pude contemplar sino desde lejos. Es igual; esa es la nota consoladora para nosotros. Con esos hombres unidos, Maura, Dato, Besada, representación genuina del partido conservador, con los cuales nosotros hemos luchado, hemos gobernado, con esos hombres yo estoy dispuesto a colaborar. Todos unidos, realizada la unión conservadora, yo os digo, señores, creo interesar vuestro pensamiento: Nosotros estamos otra vez reintegrados al partido conservador, y yo en esa unión, y con esos hombres, hecha la unión conservadora, soldado de filas quiero ser, y a todos os invitaré a que conmigo vayamos a prestar ayuda a esos hombres ilustres.

Hoy, ante ese Gobierno, confundidas y mezcladas las responsabilidades y la actuación de un Gobierno heterogéneo y tan extenso, nosotros hemos debido constituirnos forzosamente, casi por una necesidad mecánica hemos tenido que constituirnos en grupo parlamentario, lo que no hicimos en Cortes pasadas; la verdad es que éramos menos. Estando ellos allí, para mí lo que de ellos ellos tiene mi confianza, tiene mi asentimiento.

Podrá suceder que en algún caso, y refiriéndose principalmente a cosa que se relacione directamente con mi gestión, discrepemos, y yo estaré obligado a mantener mi criterio y mis actos. Fuera de eso, yo digo que mi confianza es absoluta y que anhelo que las fuerzas conservadoras se robustezcan y vuelvan otra vez a actuar y a pesar en la política y en la sociedad española con el peso específico que les corresponde.

Realizada esa unión, no tendréis vosotros que llamarme cariñosamente jefe, como me llamáis hoy—aunque no soy jefe, soy un compañero vuestro—; estaríamos todos regidos y dirigidos por jefes dignísimos para nosotros.

Ante el Gobierno actual

Pero entre tanto que subsista este Gobierno, entre tanto que hemos de vivir y defender nuestros ideales en las condiciones que he expuesto, sin estar separados esos grandes ilustres hombres conservadores de los demás que integran el Gobierno,

nosotros hemos de procurar que en todo aquello que dependa de nuestra acción, que esté al alcance de nuestra actividad, los ideales que venimos proclamando, ¡qué proclamando!, practicando cuando hemos tenido ocasión, sean apoyados, mantenidos resueltamente por nosotros.

La realidad de que yo hablaba antes es que hemos formado nosotros un núcleo; aun y cuando yo no lo he congregado, no lo he llamado (y todos vosotros lo sabéis), será, porque venís atraídos por aquella modesta política que yo represento, que no está en la retórica de mis palabras, sino en la realidad de mis actos, en la eficacia de mis actos, y cuando estáis conmigo coincidis conmigo en todo lo que representa esa política, y yo digo: a ella nos atendremos; soy el mismo de 1907 a 1909 en aquella obra social que recordabais, y hoy afirmo que más que nunca es urgente acometer toda esa obra o continuarla; soy aquel que en Cortes anteriores expuso su criterio sobre la materia económica y advirtió la necesidad de vigorizar la Hacienda pública y de organizarla.

Si entonces hablaba yo sin tener en cuenta lo que después ha venido, ahora digo con más razón que se piensa en muchas cosas, que se piensa en difundir la cultura nacional, que se piensa en grandes obras públicas, que se habla de los ferrocarriles, que se habla de la agricultura; tenemos necesidades evidentes militares; lo mismo en las fuerzas de tierra que en las de mar necesitamos atender la justicia; necesitamos desarrollar absolutamente todos los intereses materiales y morales del país, y para eso es indispensable una Hacienda, de la cual no sé si se ocupan lo bastante (no hablo naturalmente, del Gobierno actual que apenas lleva dos meses en el Poder); y aparte todas esas cosas, señores, a las cuales concretamente no me refiero, porque están en mis discursos del Congreso, están en mis campañas, están, repito, en mis actos; aparte de eso, señores, yo me siento el mismo de siempre en punto a juzgar de la función de gobierno, de cómo se debe gobernar, y se ha recordado aquí que en 1905 mi labor ministerial en Instrucción pública se interrumpió porque no quise poner el Poder público a los pies de los escolares; que en 1909 creo que supe llevar con dignidad por mi parte el Poder público y caí en 1918 porque me que, en esencia, los sucesos son primos hermanos de los de 1909 y 1905.

Pues eso significa, señores, que yo seré un hombre modesto, lo soy

desde luego, que yo no me considero el único hombre o de los pocos hombres capaces de salvar a mi Patria, pero sí creo que debo hacer todo lo que esté en mi mano para gobernar a mi Patria como es necesario gobernarla, para encaminarla al progreso y para garantizar todas las libertades públicas y el derecho. Yo he dicho muchas veces que será todo lo que se quiera, pero que yo no soy un farsante, yo no soy un intrigante de la política; no he ocupado ni ocuparé seguramente puesto alguno por esos procedimientos, soy quien soy, pero como me presento al natural soy siempre; y estimo que el fracaso del Poder público, la abdicación del Poder público, constituye la rémora principal del progreso de un pueblo. (Muy bien.)

Creo que el gobernante ha de arrostrar la impopularidad impávido; creo que aquel gobernante que sólo pisa sobre rosas, que no oye mas que el halago del aplauso y el perfume de la adulación, ese gobernante, traiciona a su Patria y traiciona a su Rey (Aplausos); creo que el gobernante, señores, se eleva sobre el nivel de los demás, aunque sea momentáneamente, y los demás han de consentirle que en lo alto esté a cambio de que tanto honor sea pagado con todo linaje de sacrificios o de abnegaciones, y el primer sacrificio que un gobernante ha de hacer es cumplir sus deberes, pase a quien pese, y pasar por encima de la popularidad o populacheria, y hacer lo que deba frente a la revuelta y frente a la rebeldía; y quien no hace eso apaga el ruido, a veces oye el aplauso inmediatamente después, prepara la catástrofe. (Aplausos.)

Una acusación

Yo digo, señores, que estaba en el Ministerio de la Guerra ocupado en materias como aquellas que atraían mi espíritu entero, porque estaba viendo cómo fructificaba ya la semilla que habíamos sembrado. Veía yo, soñaba yo, no solo con la normalidad militar absoluta que había sido obtenida, sino, además, con el engrandecimiento de mi España, mediante el aumento del poderío militar, que es hoy, señores, la garantía suprema, ya lo veis, de la existencia y del bienestar de los pueblos. (Muy bien.)

Y cuando estaba en esa labor, con el entusiasmo consiguiente a un hombre civil que había entrado allí, en aquella familia noble y de caballeros, tuve necesidad, sirviendo intereses públicos, cumpliendo acuerdos unánimes del Consejo de mi-

